

Dietzgen, Joseph, **La esencia del trabajo intelectual y otros escritos**, prólogo de Antón Pannekoek, traducción de Carlos Castro y Carlos Gerhard, México, Editorial Grijalbo, 1975, Colección Teoría y Praxis, 243 pp.

La realidad del universo circundante y la realidad infinita misma que es el hombre, genérico e individual, constituyen un fenómeno global tal que no es posible el aprehenderlo sin constituir a la realidad del pensamiento también como un fenómeno universal. Ahora bien, esta "totalidad concreta" (como subrayaría Karel Kosik) tiene como esencia profunda, como raíz original la del movimiento, la de la dinámica, la de la multiplicidad y el cambio perpetuo. De allí que el pensamiento mismo, para erigirse como reflexión acerca de esta totalidad universal, y también como concentración pensante de sí misma, necesita comprender que sólo mediante la dinámica y la multiplicidad fundida en unidad es posible aproximarse a la realidad fenoménica y constituir la como aprehensión del pensamiento. Ésta es la sustentación filosófica (a grandes rasgos) de la unión indisoluble entre el proceso de lo real, como objeto del pensamiento, y el proceso del pensamiento mismo, que por naturaleza y por método mismo debe sustentarse como dinámica concreta para acercarse, gnoseológicamente, a lo real. De tal manera que entre ambos movimientos, que entre ambos procesos, exista una identidad tal que permita que la dialéctica de lo real se fusione con la dialéctica del pensamiento. La realidad es movimiento, pues, pero el pensamiento mismo también lo es. Ambas corrientes, ambos flujos incesantes, están causalmente imbricados en la naturaleza fenoménica de aquel que piensa, que de tal manera la unión debe darse por fuerza.

Esta unión de ambos procesos, la de la realidad como objeto del pensamiento, y la del pensamiento que cuestiona a tal objeto, queda corroborada por la evolución, por el devenir mismo en la originalidad y desarrollo del pensamiento. De esta manera, desde la iniciación de la historia escrita del hombre, podemos observar una lenta pero constante ascensión hacia la formulación de conceptos, categorías y leyes, que tienden a explicar la naturaleza esencial de lo real de un modo progresivo y obligado a la perfección.

¿Y qué es un concepto, si no la formulación inteligible de los rasgos más connotados de la realidad fenoménica, ya sea ésta aceptada como parcial o como totalidad concreta? ¿Y qué es una categoría, si no una reunión de conceptos acerca de la naturaleza esencial del fenómeno que se eleva a un renglón de abstracción más alto para hacerla manipulable? ¿Y qué es una ley, si no el modelo intelectual de las principales constantes del movimiento esencial de la realidad fenoménica? De modo tal que toda la formulación de conceptos, categorías y leyes va aparejada no sólo a la evolución de la realidad fenoménica en cuanto tal, sino fundamentalmente al desarrollo mismo del pensamiento humano.

De la génesis, naturaleza y desarrollo de la teoría del conocimiento, epistemología o gnoseología, se ocupa la filosofía. La cuestión crucial de cuál es la esencia, discurrir y método del pensamiento como reflexión teórica de la realidad circundante, es objeto de esta ciencia. Y la problemática del pensamiento en general es un motivo básico por el cual la formación filosófica resulta indispensable en la constitución de todo investigador en ciencias sociales. En sus orígenes de filosofía en cuanto tal, es decir, un cuerpo teórico sistematizado de conceptos, categorías y leyes, se puede encontrar la preocupación por la temática del pensamiento en general, de una manera fundamental, esgrimida a lo largo de los dos milenios de historia escrita del ser humano.

En sus orígenes, la filosofía como gnoseología se encontraba formulada básicamente como metafísica, esto es como filosofía especulativa que renunciaba *per se* a todo cuestionamiento que partiera de los resultados de la experiencia y trascendiera de la realidad meramente percibida por los sentidos y se transformara en epistemología. La metafísica renuncia a la experiencia empírica y fundamenta toda la cuestión general del saber y de la formación de juicios, en una epistemología que tiene como sustentación final la del conocimiento humano, únicamente basada en el interior mismo del proceso de pensamiento del investigador o filósofo. La especulación así fundamenta su gnoseología en el querer engendrar la verdad científica sin ayuda de la experiencia, basándose únicamente en la imaginación y analogía de los procesos concate-

nados del pensamiento en la cabeza misma del filósofo, sin ninguna otra intervención posible.

Por el contrario, la añeja investigación del pensamiento en sus causas y metodología, fundamentada en el empirismo y en sus corrientes modernas del empirio-criticismo, y más recientes del positivismo y pragmatismo puros, se fundamenta en los resultados de la experiencia sensible del investigador, lo que sus sentidos le dictan, y que después son sometidos a un proceso arduo y complejo de sistematización.

Estas dos tendencias, formuladas y divulgadas por Hegel y por Kant respectivamente, son objeto de un análisis profundo por parte de Dietzgen en su texto sobre la esencia del trabajo intelectual. Y superadas, de manera enconada y brava, en la reformulación de la dialéctica hegeliana y del racionalismo kantiano.

En este texto, que es la obra de madurez teórica de Dietzgen, se rechazan las vertientes especulativa y empirista acerca del problema general del pensamiento humano, su naturaleza, devenir y metodología, y se formulan los cimientos teóricos de lo que después sería conocido como materialismo dialéctico; esto es, la unión de la noción de finiquitación de la filosofía en su carácter epistemológico puramente por Feuerbach y Marx, y su urdimbre con la trama de la dialéctica de Hegel. Se ha mencionado mucho, especialmente por Pannekoek en el prólogo de 1902 a esta obra de Dietzgen de 1869, la visión de este último acerca de la fundamentación del materialismo dialéctico. Y éste es el tema sobresaliente de todo el libro, el de ver y hacer notar cómo Dietzgen, mediante su rechazo constante de Kant y su superación de Hegel, se aproxima de manera sustantiva a lo que después sería tratado como la raíz metodológica de la obra de Marx y Engels: el materialismo dialéctico.

Basándose en la utilización del método inductivo, es decir aquel que permite la ascensión de lo particular a lo general en forma sistemática y científica, Dietzgen formula su crítica a la filosofía especulativa y a la filosofía empirista y hace notar los orígenes del materialismo dialéctico en una manera que asombra por su sencillez y profundidad. Dietzgen, obrero curtidor alemán, erige su pensamiento filosófico acerca de la problemática epistemológica de toda ciencia, de las ciencias en general, apoyándose en una concepción de la historia, que le permite identificar a cada paso, en cada etapa, el devenir de la gnoseología a lo largo de la historia escrita del hombre. Entendiendo a ésta como un proceso de antagonismos cruciales de intereses político-económicos contrapuestos, que son los prolegómenos de la teoría marxista de la historia, que es según sus autores, Marx y Engels, la historia de la lucha de clases misma.

Dietzgen hace notar con frecuencia esto último en todo su texto. Distingue precisamente a la superestructura como un aparato ideológico de la clase dominante, elaborado para sustentar de manera teórica su dominación político-económica-cultural sobre las masas desposeídas y el pueblo en general. Dietzgen al distinguir entre el **modus operandi** de la burguesía y las ambiciones teóricas del proletariado, se acerca mucho a lo que, guardando las debidas proporciones, realizaron en su tiempo Proudhon y Weitling; es decir, la suscripción filosófica de las ambiciones de poder y la misión histórica de la clase obrera a lo largo y lo ancho de este planeta.

Además debe hacerse notar, para el lector acucioso, la importancia que Marx y Engels recalcaron de la obra de Dietzgen, al reconocer la primicia histórica de la obra de este curtidor alemán. Esto va incluido también dentro del libro en cuestión, mediante la publicación de la correspondencia Dietzgen-Marx entre 1867 y 1868. La obra remata en la inclusión de una pequeña biografía de Dietzgen hecha hacia 1895 por su hijo Eugen.

Una cuestión final que es importante recalcar con respecto a este libro, es que en lo fundamental se comprueba la importancia del quehacer filosófico en general, y del entendimiento y práctica del materialismo dialéctico en lo particular, para el investigador o estudioso de las ciencias sociales. Ante una corriente de importancia en este terreno, que pretende postular una posición agnosticista o de completo rechazo al materialismo dialéctico, como entendimiento y praxis de la dialéctica de lo natural y la dialéctica de lo social, se impone estudiar la obra de Dietzgen como un preámbulo amplio a la lectura de textos marxistas superiores. De aquí que se encomiende la reseña de una obra tan importante dentro de las páginas de esta revista.

José Alberto Ocampo Ledesma